

De una parte, D. Iván Perisé Polo, número de colegiado 7.450 del Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza. Veintiséis años, patilargo, cuelllicorto, de nariz chata y una ligera miopía que le lleva a adornar su blanca tez con unas gafas de marca italiana color burdeos. Hoy, 19 de junio de 2.009, el Juicio Verbal 207/2009 le llevará a subir por primera vez a los estrados de un Juzgado.

De otra parte, D. Andrés Julve Rodríguez de Azón, número de colegiado 1.225 del R. e I.C.A.Z. Cincuenta y nueve años, elegante, serio, estatura media y ojos saltones. Hoy, 19 de junio de 2.009, después de un par de llamadas desde su despacho y comprobar la agenda, tiene un Juicio Verbal, que espera no le ocupe mucho tiempo. Posteriormente comerá con uno de sus mejores y más antiguos clientes.

Iván Perisé Polo, *El Coto*, para sus compañeros de facultad, puso el despertador a las 8:00 a.m.; sin embargo, un extraño y preocupante movimiento estomacal acompañado de resonancia le mantiene despierto desde las 7:23. Mentalmente repasa, una y otra vez, todas las preguntas que tiene preparadas desde hace ya una semana. Tras dos visitas al aseo y un tremendo esfuerzo para tomar un zumo de frutas, Iván se ve obligado por segunda vez a deshacer el nudo de la corbata bajo la atenta mirada de su madre, quien con una ligera sonrisa y un apretón en el hombro consigue templar, en parte, la tensión del momento.

Mientras Don Andrés ojea el periódico en su despacho, esperando a que llegue alguno de sus compañeros para tomar un cafelito, Iván atraviesa la Plaza Aragón y mira nuevamente su reloj, todavía son las 9:30. Ha quedado a las 11:00 con Cristina, su compañera de despacho, madrina y auténtico referente para él del profesional de la abogacía.

Tras varias paradas, finalmente llega a los Juzgados. Todavía le hace ilusión entrar por la puerta de profesionales. Lo primero será hacerse con una toga de su medida, vaya a ser que más tarde desaparezcan. Escogida la prenda, el siguiente paso es subir a la sala de vistas para ver si van con retraso. De vuelta a la sala del Colegio y toga en mano, se sienta, saca del maletín la carpeta del asunto, observa que le sudan las manos y decide guardarla nuevamente. Toma un periódico de los que hay sobre la mesa, pero cada vez que la puerta se abre otea súbitamente esperando la llegada de su compañera. Con diez minutos de retraso, llega.

Suben a la sala, allí le espera el cliente. Algo retirado, observa en animada conversación a tres personas, entre quienes está el que sin duda es el compañero contrario. Le impone respeto, pero a la vez le infunde aplomo. Decide acercarse a saludarle.

A las 11:35 ha entrado en sala y toma posesión de su asiento, curiosamente se siente cómodo. Observa desde una perspectiva hasta ahora desconocida para él, le gusta. En ese momento oye una voz que se dirige a él: *¿Letrado de la parte actora?* Se acerca levemente al micrófono y con

voz serena y pausada pronuncia su nombre. Durante esos pocos segundos recuerda lo orgulloso que su padre se siente cuando le dice a sus compañeros de guiñote que su hijo es abogado.

Tras cuarenta y cinco minutos, que se le han pasado volando, su señoría da por finalizado el acto de la vista. A la salida, el cliente insiste tenazmente en invitarle a tomar algo. Les emplaza, al cliente y a Cristina, en un bar cercano en unos cinco o diez minutos. Antes debe, debe no, quiere llamar a su novia para decirle que todo ha ido bien. Dentro ya de la sala del Colegio, es esta vez Don Andrés quien se acerca a él para despedirse.

Esa tarde Iván irá al despacho, quizá un poco más tarde de lo habitual, buscará jurisprudencia para algún asunto de su compañera, comentará el juicio, pero, sobre todo, por primera vez sentirá que realmente forma parte de ese despacho profesional.

Fdo.: Juan Carlos Colás Ruiz de Azagra (nº col. 3.935)